

§ 21

**La fe como fundamento cognoscitivo de la Dogmática:
su esencia**

1. En la fe y con la fe damos una respuesta a las revelaciones de Dios propuestas y garantizadas por la Iglesia que se hallan contenidas en las fuentes de la Revelación. Fe es el acto mediante el cual la ciencia dogmática capta su objeto, para investigarlo y exponerlo científicamente. La fe y la razón iluminada por la luz de la fe son, como hemos visto, un órgano del conocimiento. Por eso tenemos que tratar de la fe en estas disquisiciones preliminares. Nos limitaremos al estudio de lo que exigen los problemas de introducción y otros temas relativos a la fe—por ejemplo, el hecho de que es un don de la gracia, su necesidad para la Salud, su capacidad redentora—se examinarán en el tratado consagrado a estudiar la vida divina. Los otros problemas relativos a la fe teológica tienen que ser examinados por la Teología fundamental o por la Teología moral.

2. El Concilio Vaticano define la fe diciendo que es una capacidad sobrenatural (*virtus*) mediante la cual, impulsados y ayudados por la gracia divina, consideramos como verdadera la Revelación de Dios, estribando ello no en que percibimos la verdad eterna de las comunicaciones divinas con la luz natural de nuestra razón, sino que es la autoridad de Dios la que se revela—que no puede engañarse ni engañarnos—la que nos impulsa a hacerlo (sesión 3.^a, cap. 3, D. 1789). Es, pues, la fe un asentimiento libre, operado por Dios—Verdad primera—, mediante la cual profesamos la automanifestación de esa primera y suprema verdad, que trasciende de la capacidad comprensiva de la razón humana. El hombre, al confesar la verdad personal que se manifiesta a sí misma en la Revelación, se somete a ella y tiene que someterse porque esa Verdad, debido a su peculiar veracidad, posee el derecho de exigir tal sumisión del espíritu humano. De esta forma, Dios insta entre los hombres, mediante la Revelación, *su Reinado como Reinado de la Verdad*. El hombre realiza el Reino de Dios en la historia humana al reconocer esa *Verdad-Persona* que se digna revelarse.

3. La fe es un don de Dios, una acción del espíritu humano

motivada por el Espíritu Santo, y, por tanto, *sobrenatural*. Sólo con una capacidad de visión sobrenatural se podrá confesar la Revelación sobrenatural, ya que exclusivamente una elevación y formación sobrenaturales pueden establecer la justa relación que ha de mediar entre órgano del conocimiento y objeto cognoscible. La criatura no cuenta entre sus dones naturales con el órgano capaz para reconocer la realidad de Dios que se manifiesta en la Revelación sobrenatural; está aún más privado de ella de lo que le falta a un ciego para contemplar un cuadro, o de lo que le falta al que no entiende nada de música para apreciar una melodía. La actividad sobrenatural del Espíritu Santo ilumina los ojos del hombre a fin de que puedan percibir esa realidad de Dios. Si faltara esa actividad, podríamos tal vez oír el mensaje de Dios, pero no comprenderíamos debidamente su sentido. Sobre todo, no podríamos reconocerlo como un testimonio de realidad (v. la exposición del Bautismo).

4. El mensaje de Dios es percibido y confesado por medio de la *razón iluminada por la luz de la fe*. Ella es el órgano con el que el hombre percibe ese mensaje, la Palabra de Dios, una vez que se decide a admitirlo. A través del órgano auditivo-espiritual, la Palabra de Dios penetra en el yo humano. El hecho de que sea realmente admitida o de que se le cierre la entrada, depende únicamente de la decisión de la voluntad, mejor dicho, del yo humano total, en el que la voluntad es potencia principal. Sirvámonos en esta ocasión del lenguaje de la Sagrada Escritura: depende del corazón, cuando el hombre se somete en su yo personal a la llamada que le dirige la Palabra de Dios, tendiendo así hacia la realidad manifestada en la Revelación. Entonces es cuando pronuncia su «sí» con el órgano que sirve para captar la realidad, con la razón. La fe, considerada desde el punto de vista de la realización psíquica, aparece como una acción de la razón causada y responsablemente querida por el hombre, ordenada por la voluntad (*actus intellectus a voluntate imperatur*. Santo Tomás de Aquino, *Summa theol.*, 2, II, q. 4 a. 2: *Credere immediate est actus intellectus, quia obiectum huius actus est verum quod proprie pertinet ad intellectum*). Al afirmar que la fe es un acto de creencia, se define con ello su esencia formal; pero no se debe perder de vista el carácter analógico de esa afirmación. Sólo de esta forma podremos distinguir la fe de la actitud creyente que adopta, por ejemplo, el discípulo frente a su profesor de Historia natural; en la fe sobrenatural

Dios no ejerce funciones de maestro. La estructura de la fe sobrenatural es diametralmente distinta de la que presenta la fe natural; el fundamento de ésta se halla en el carácter social del hombre (véase lo que a continuación diremos sobre la participación de la voluntad).

5. De acuerdo con lo dicho de que la fe no es meramente una afirmación de ideas, principios o conceptos, afirmamos en ello la realidad de Dios que se reveló en Cristo. Mucho menos es la fe un impulso del corazón, un desbordamiento de energía psíquica, una acumulación de fuerzas de la voluntad, un sentimiento religioso, un sentimiento vital determinado, aunque pueda comprender en su concepto todas estas cosas. Nadie ve las realidades afirmadas en la fe, ya que ellas quedan en la oscuridad, y es sólo la autoridad de Dios quien garantiza su existencia. La fe de que nos habla la Revelación tiene un *contenido determinado*.

a) Esto es lo que patentizan los pasajes en los que la Escritura describe la fe. Jesús comenzó su predicación con las siguientes palabras: «El tiempo del Reino de Dios está cerca: convertíos y creed en el Evangelio» (Mc. 1, 15). Mediante la fe en él recibimos la Palabra de Dios (Lc. 9, 12 y sigs). Fe en el Evangelio es fe en Cristo (Lc. 18, 8). Hijo de Dios vivo (Mt. 16, 16). El que cree en Cristo no se perderá, sino que obtendrá la vida eterna (Io. 3, 15-17, 36). El que cree en el Enviado del Padre, ejecuta la obra de Dios (Io. 6, 29). Fe en Jesús es el único camino de la salvación y de la vida; por eso no tienen remedio aquellos contemporáneos de Cristo que por obcecación o por maldad se obstinaron en no querer ir por ese camino y por lo que la muerte les sorprenderá en su pecado (Io. 8, 24). Cristo es la Resurrección y la vida; quien cree esto no morirá eternamente, sino que seguirá viviendo aunque haya muerto (Io. 11, 25 y sigs.). Mediante la fe en el Evangelio se obtiene la Salud y la Redención (Mc. 16, 16).

A las enseñanzas de Cristo corresponden las conversiones despertadas por El en sus discípulos. Felipe bautiza al tesorero y dignatario de la Reina de Etiopía, precisamente cuando éste confiesa: «Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios» (Act. 8, 37). San Pedro predica en Cesarea: «A éste (a Cristo) rinden testimonio todos los Profetas anunciando que por su nombre recibe remisión de los pecados el que cree en El» (Act. 10, 43). Lo mismo enseña San Pablo acerca de Silas y carcelero de Filipo (Act. 16, 30 y sigs.). Más

aún, todo el Evangelio de San Juan está escrito para que los que lo lean lleguen a creer que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y que creyendo esto obtengan en su nombre la vida (*Io.* 20, 31). Esta fe es la que emancipa al hombre de una sujeción puramente mundana y lo liga íntimamente con Dios (*I Io.* 5, 1-5): «Todo el que cree que Jesús es el Mesías de Dios, ha nacido; y todo el que ama al que engendró, ama también al que ha nacido de él. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amáremos a Dios y pusiéremos por obra sus mandamientos. Porque este es el amor de Dios: que guardemos sus mandamientos, y sus mandamientos no son pesados. Pues todo el que ha nacido de Dios, vence al mundo; y esta es la victoria que venció al mundo: nuestra fe. ¿Y quién es el que vence al mundo sino quien cree que Jesús es el Hijo de Dios?» Según el testimonio de San Pablo (*Hebr.* 11, 1-3): «Es la fe una convicción de las cosas que se esperan, argumento de las que no se ven. Pues por ella merecieron testimonio favorable los antepasados. Por la fe entendemos haber sido los mundos aparejados por la palabra de Dios, de suerte que no de cosas que estuvieran a la vista ha sido producido eso que se ve». Mediante la fe, llegaremos a comprender el misterio radiante de Cristo (*Eph.* 2, 8), la redención en Cristo Jesús (*Rom.* 3, 22 y siguientes). Se salvará el que con la boca confiesa que Cristo es el Señor y el que con el corazón cree que Dios le resucitó de entre los muertos (*Rom.* 10, 8 y sigs.). El mundo, a pesar de su sabiduría, no pudo comprender la sabiduría de Dios; por eso Dios quiso salvar a los hombres mediante su mensaje a quienes creen en El, es decir, mediante el mensaje de Cristo, el mensaje de un crucificado (*I Cor.* 1, 21 y sigs.). La fe en Cristo es fe en la verdad y la realidad (*II Thess.* 2, 13). La importancia trascendental de esto aparece con gran claridad cuando se nos dice que la credulidad es en vano dedicarse al estudio de fábulas y mitos. San Pablo escribía a Timoteo (*I Tim.* 1, 3 y sigs.; *II Tim.* 4, 4): «Conforme te encargué que permanecieses en Efeso, mientras yo partía para Macedonia, para que intimases a ciertos hombres que no enseñasen otras doctrinas ni prestasen atención a fábulas y a genealogías interminables, cosas esas más a propósito para promover disputas que no para realizar los designios de Dios, que se apoyan en la fe; hazlo como lo dije». El mismo Pablo (*Tít.* 1, 10, 14) dirige a su discípulo Tito estas sinceras palabras: «Porque hay muchos insubordinados, vanos charlatanes y seductores, mayormente los de

la circuncisión, a quienes es preciso tapar la boca; hombres que revuelven casas enteras, enseñando lo que no se ha de enseñar, por codicia de sórdida ganancia. Dijo uno de los de su tierra, estimado por ellos como profeta suyo: Cretenses, siempre embusteros, malas bestias, panzas holgazanas. Este testimonio es verdadero. Por esta causa, repréndelos severamente, para que se conserven sanos en la fe, no dando oídos a las fábulas judaicas y a preceptos de hombres que vuelven sus espaldas a la verdad».

b) La formación de los símbolos de la fe, junto con el establecimiento del catecumenado y su instrucción en determinadas verdades, demuestra que en la *época de los Santos Padres* la fe era considerada como una fe de contenido determinado.

6. El contenido de la fe cristiana lo constituye el orden sobrenatural y el estar este orden orientado hacia Cristo. Este contenido *lo distingue esencial y fundamentalmente de cualquier otro acto religioso*. Como Cristo no es uno más entre los muchos redentores (véase Cristología), así también la fe cristiana no es una más entre las experiencias y actividades religiosas; no es un comportamiento religioso en general que podría de por sí abarcar los más diversos contenidos. La fe a que se refiere el Nuevo Testamento no es un concepto general aplicable a muchos casos particulares. Por ejemplo, a la fe cristiana, o a la fe mahometana, a la fe grecorromana o a la fe del budismo, sino que es un nombre con el que se designa algo único y especial: la respuesta que el hombre da al Dios que se revela en Cristo (R. Guardini, *Sobre la vida de la fe*, 1958, segunda edición, Rialp; y *Religiöse Erfahrung und Glaube*, en «Unterscheidung des Christlichen», 1935, 270-304).

7. No es la fe uno de los procesos que se verifican dentro de la órbita del entendimiento—como, por ejemplo, sucede con los actos del conocimiento científico natural—, sino el «sí» con que aceptamos las realidades reveladas y que no se funda en la evidencia misma de esta realidad, sino *en un acto mediante el cual nuestro yo personal se orienta hacia Dios que nos llama en Cristo*. «Este es su mandato: que creamos en el Nombre de su Hijo Jesucristo» (I Jo. 3, 23). Si los judíos no creen, la razón de ello no consiste en que les falte el conocimiento necesario, sino en que no tienen la voluntad de creer. Escudriñad las Escrituras, ya que creéis vosotros poseer en ellas la vida eterna; ahora bien, ellas son

las que dan testimonio de Mí. ¡Y no queréis venir a Mí para tener vida!» (Io. 5, 39-40). La fe es obedecer al llamamiento de Dios (Rom. 1, 5; 6, 17; 15, 18); en la fe quedan anulados los sofismas y la soberbia que se oponen al conocimiento de Dios; en ella el pensamiento se declara esclavo de Dios, dispuesto a obedecer a Cristo (II Cor. 10, 5 y sigs.). De esta forma, la fe se convierte en comunidad de vida con Cristo, y mediante Cristo en comunión de vida con el Dios Uno y Trino (v. la Cristología y el tratado sobre la gracia).

De lo dicho se deduce que, no obstante tener la fe un contenido determinado, si ha de ser viva no consiste en una mera captación noética de verdades reveladas, sino en un «sí» al Dios que se acerca a nosotros en Cristo; en un «sí» que surgiendo de una actitud obediente y amorosa frente a Dios, desemboca en el amor a Dios. El amor es precisamente el que determina el grado de fe: los diablos también creen, pero sin amor (Jab. 2, 19). San Pablo cuenta con la terrible posibilidad que existe al haber una fe seria, dispuesta a ejecutar actos heroicos, pero carente del amor, y dirá que esa fe no tiene valor alguno (I Cor. 13, 2). La fe sin amor es pura legalidad de ortodoxia, aptitudes incapaces de verificar la Salvación.

La fe auténtica, pues, se ha definido en el Nuevo Testamento como un «sí» vivo, pronunciado con respecto a Dios. Presupone la renuncia de la comprensión puramente humana del mundo y del hombre mismo; presupone la renuncia del comportamiento puramente mundano. Por eso la fe está *en contradicción con el racionalismo, positivismo, naturalismo y humanismo immanentista y mundano*. Es cierto que también determinadas tendencias del pensamiento moderno luchan contra el racionalismo y positivismo, contra la materialización o trivialidad de la existencia que los sistemas racionalistas o positivistas fomentan (Bachofen, Nietzsche, Sorel, Chamberlain, Stefan George). Hay muchos que se esfuerzan por presentar una interpretación psicológicamente intuitiva de los misterios del mundo; muchos que buscan una expresión que simbolice la unión íntima y profunda que liga al hombre—de una cultura o tiempo determinado—con el fondo último del universo. Mas estas tentativas se mueven todas dentro de los límites del Cosmos. La fe cristiana, por el contrario, no se limita a aceptar uniones del hombre con las fuerzas y hechos intramundanos; la fe significa y establece la unión sobrenatural del hombre con el Dios

vivo. Esta trabazón conduce al hombre a un estado de vida perfecto y consumado por encima de todas las posibilidades meramente humanas; el «sí» creyente, pronunciado frente a la Revelación sobrenatural, comparte la afirmación de la dignidad y grandeza del hombre, cimentadas en Dios. Por consiguiente, la fe hace posible y asegura la verdadera autocomprensión del hombre llamado a participar en la gloria de Dios, así como el perfeccionamiento total de la misma existencia humana. El hombre, al abandonarse en la fe a Dios, experimenta lo que le falta y al mismo tiempo obtiene la supremacía existencial, la plenitud vital mediante la participación en la vida de Dios. De ahí resulta que ante Dios, y sólo ante El, el hombre encuentra su verdadera personalidad. Dado que la fe es un «sí» obediente, pronunciado frente a las auto-manifestaciones de Dios uno y trino, dirigido a todos los humanos, esa fe ha de tener la misma estructura en todos los hombres. No obstante, la idiosincrasia individual y étnica del creyente condiciona el modo y manera peculiares de cada «sí». La fe no depende de la estructura racial, es cierto, y esa estructura determina, sin embargo, la forma de la fe. En lo que se refiere a las profundas diferencias que existen entre las diversas modalidades de la fe, deberá consultarse a R. Guardini, *Sobre la vida de la fe*, 1958, segunda edición, Rialp.